

## Notas Bibliográficas

*MI MISION EN CHILE EN 1879* por José Antonio de Lavalle  
*Publicaciones del Instituto de Estudios Históricos Marítimos del Perú.—*  
*Serie Memorias. Lima, Perú 1979.— Índices, notas.— 247 págs.*

Cuando en 1960 el Dr. Jorge Basadre preparaba su historia monumental de la República del Perú, solicitó permiso de la familia para indagar el contenido de ese valioso documento; se le permitió leerlo, hacer apuntes mas no la copia íntegra de su texto. Lamentable error de sus descendientes fue mantenerlo inédito por un siglo, lo que ha permitido que se sigan acumulando "sombras siniestras sobre la figura de ese limpio hombre público", uno de los mayores en jerarquía moral e intelectual en el discurrir de nuestro siglo XIX

Mayor fortuna la ha obtenido el historiador Félix Denegri Luna, al lanzarlo al mercado en pulquérrima edición costeadada por el Instituto de Estudios Históricos Marítimos del Perú. Lo precede, breve nota preliminar del Contralmirante Federico Salmón de la Jara. Precede a las Memorias de Lavalle un enjundioso estudio panorámico de Denegri Luna distribuido en LXX páginas, la gesta del conflicto en el despoblado de Atacama con las primeras incursiones de Chile al norte del Paralelo 25° y la ayuda desconcertante del déspota Mariano Melgarejo férvido amigo de Chile. Las facilidades costeras de Atacama con Valparaíso y la inteligente y andulona actividad diplomática chilena en Bolivia, produjeron el que Chile obtuviese grandes ventajas del gobierno del Altiplano y éste agradecido a los insólitos halagos y sin la menor honestidad, acepta un perjudicial tratado que se firmó el 10 de agosto de 1866. Por él desde el Paralelo 24° del mar a los Andes, se establecía la línea divisoria entre ambos países y por cláusula complementaria se repartirían por mitades los productos fiscales a lograrse. Tal condominio fue acompañado de permanentes disputas y de reclamos incasantes. La caída de Melgarejo —asesinado en Lima, en noviembre de 1873— produjo tensiones graves entre Chile y Bolivia. En este trance, ésta buscó fórmulas que solucionaran tan embarazosa situación para su patria y de tales circunstancias procede el aciago tratado defensivo secreto de 6 de febrero de 1873.

Denegri Luna, ante impugnaciones malévolas, se pregunta ¿fue el Tratado Secreto de 1873 una alevé conjura peruana contra Chile? Evidentemente, no. Si el Perú hubiese deseado una guerra para ratificar su hegemonía en el Pacífico Sur, no hubiese esperado que Chile adquiriese los acorazados COCHRANE y BLANCO ENCALADA, con los cuales, según el historiador Encina, constituía una escuadra cuatro veces más poderosa que la peruana. Para esto no necesitaba de alianza ni de tratados. Y con-

tinúa: "El Perú no solicitó la alianza; antes al contrario, vaciló en acceder a las demandas de Bolivia porque temía que alentada con nuestro apoyo fuera a una ruptura que el Perú no deseaba y cuyas consecuencias lo arredraban. Lejos de fraguar la agresión a Chile no pensaba sino en conjurar la de ésta contra nuestra Tarapacá. En vez de impulsar a Bolivia a la intransigencia le sugería los más prudentes consejos, insistía en el carácter condicional y moderador del auxilio peruano, y si ansiaba la celeridad en las negociaciones con Chile, era por el vivo anhelo de llegar a un acuerdo que serenara el ambiente al disipar el fantasma de la guerra".

Que el tratado fuese secreto es algo perfectamente legítimo, lo sostiene José de la Riva Agüero y Osma; "fue error el mantenerlo porque así se dio pie a suspicacias extremas mientras fue ignorado, y a hipócritas alharacas cuando se exhibió; mas téngase presente que ha sido uso constante mantenerse reservado el texto de pactos internacionales de esa calidad e importancia y que hoy mismo a nadie se le ocurre en Europa recriminar de perfidia a los gobiernos que lanzan a los cuatro vientos las estipulaciones de la triple alianza o del convenio franco-ruso". La simpleza fue, tratar de hacer aparecer como secreto un hecho y un texto que, como los acontecimientos lo comprobaron, circuló impreso poco tiempo después de haber sido suscrito.

Por golpe militar de mayo de 1876, la presidencia de Bolivia la asumió Hilarión Daza, hombre que rozaba en la vesanía y que odiaba a Chile. En febrero de 1878 Bolivia aprobó una ley por la que se gravaba en diez centavos el quintal de salitre que exportara la C<sup>o</sup> de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, de propiedad de chilenos y de británicos, dictada en abierta oposición con la vigente de 1874. No obstante los reclamos de Chile, Daza se mantuvo obstinado y con miopía en la peligrosa actitud y también con los similares del Perú, a los que no dio mayor trascendencia. Chile se redujo a someter la controversia a un arbitraje y mientras se dirimía, la ley quedaba sin aplicación. Si la situación era ya delicada, se agravó por el decreto del 1<sup>o</sup> de febrero de 1879 en donde Daza radicalizaba sus absurdas medidas. El diplomático chileno en La Paz demandó un término de cuarentiocho horas para que Bolivia lo aceptase o no, y sin haber recibido respuesta, el diplomático del Mapocho se retiró de La Paz. Y así quedaron rotas las relaciones entre Bolivia y la República de Chile. Y para este país renacen sus viejas pretensiones anteriores a 1866; se siente libre para realizar lo necesario para la defensa de sus derechos.

La población de Antofagasta la componían chilenos en su mayoría, he ahí la razón por la cual cuando el acorazado chileno "Blanco Encalada" desembarcó hombres en Antofagasta, la ciudad fue ocupada pacíficamente y eran aclamaciones chilenas las que se escuchaban el 14 de febrero de 1879. En Valparaíso y en Santiago el pueblo se arremolinó para festejar la ocupación militar. Los ímpetus marciales crecían y se avivaban, dada la frustración que significó el avance argentino en la Patagonia.

El incidente de la goleta francesa *Jeanne Amalie* puso en situación vidriosa las relaciones de Chile con Argentina. La opinión pública de éste gritaba, para que la nación defendiese con las armas sus derechos. El presidente Avellaneda prometió disponer cien mil hombres en Mendoza para defender la entrada de Patagonia. El público chileno tomó conciencia de los peligros. Gracias al empeño de ambas naciones y a la inteligencia del diplomático peruano en Buenos Aires, Manuel Irigoyen, se pudo conjurar el riesgo de un conflicto armado que parecía inminente; sin embargo, aparecieron nuevos incidentes como el de la corbeta de guerra chilena "Maga-

llanes" que sorprendió a la americana "Devonshire" que fue llevada cautiva a Punta Arenas. En Argentina estalló la tormenta popular. No obstante, sabiéndose la Argentina desarmada y Chile con los incidentes no zanjados con Bolivia, concertaron el tratado Fierro-Sarratea de 6 de diciembre de 1878 que establecía un tribunal mixto para resolver los casos contenciosos. De esta manera Chile podía enfrentar con mayor holgura y fuerza los desmanes que originara Hilarión Daza.

Cuando encontró Daza que era inevitable la guerra con Chile y que el Perú se mostraba reacio a ella, nombró el 8 de febrero de 1879 a su ministro de Justicia, Serapio Reyes Ortiz, para que desempeñe la cartera de Relaciones Exteriores y al día siguiente partió, vía Mollendo, al Callao. Su misión era obligar al Perú a respaldar a Bolivia en la loca acción que inconsultamente y sin la más leve oportunidad había dado pie para iniciarse. El Perú impuso como condición previa tratar de obtener que Chile aceptara, a través de misión amistosa, el arbitraje de una tercera potencia para decidir los problemas en litigio con Bolivia, esto es, suspender de inmediato el impuesto de diez centavos sobre el quintal de salitre a exportarse. El ministro de Daza tuvo que aceptar con disgusto la actitud peruana. El Perú buscó con premura el hombre idóneo para tan difícil misión y lo encontró en José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra. Su relato es lo esencial del presente libro. "Es admirable por la noble serenidad con que está escrito, por el decoro y dignidad que mantienen todas sus páginas, dándose un cuadro vívido y convincente por su veracidad". El lector debe leerlo íntegro para gozar de su finísimo contenido. Es el mejor alegato del Perú; muestra toda la perfidia chilena en la aciaga guerra denominada del Pacífico.

Además de un prólogo tan nítido, lo acompañan centenares de notas aclaratorias y eruditas e índices. Denegri Luna aporta en este magnífico libro uno nuevo en su ya enorme aporte de estudios que honran a la historiografía contemporánea del Perú.

*Manuel Moreyra Paz-Soldán.*

#### AURELIO MIRO QUESADA Y SU RECIENTE LIBRO SOBRE MARIANO MELGAR

Mucho deben las letras hispánicas al ilustre crítico e historiador Aurelio Miró Quesada. Director hasta hace poco de la Academia Peruana de la Lengua, ha infundido en ella un impulso laborioso que no había tenido desde los tiempos de Ricardo Palma. Ex-Presidente de la Academia Peruana de la Historia, es incansable investigador de archivos y rico en hallazgos de interés. Gran conocedor de las literaturas peruana y española ha sabido armonizar el estudio de una y otra, de igual modo que funde en un solo amor el que siente por la herencia incaica y por la de España. Buena prueba de ello es su actividad periodística de muchos años en las columnas de *El Comercio de Lima*. Su afán viajero le ha llevado a dar la vuelta al mundo; pero antes había recorrido su país natal que describió en *Costa, Sierra, Montaña* (1938), y España toda en sus ciudades, rincones y plazas de toros.

Aurelio Miró Quesada es bien conocido en los ambientes intelectuales de España desde que en 1948 el Instituto de Cultura Hispánica reeditó en